

CONTROL E INFORMACIÓN. UNA LECTURA DESDE DELEUZE Y WIENER. MODULACIÓN Y RETROALIMENTA- CIÓN EN LA FORMACIÓN DEL SUJETO INFORMACIONAL

**Control and Information: Insights from Deleuze and Wiener on
Modulation and Feedback in the Building of the Informational Subject**

Ariadna Nayely Hernández Valdez

Posgrado en Pedagogía, Fac. Filosofía y Letras, UNAM
nayelyhernandez088@gmail.com

Ana Camila Arias Nava

Fac. Filosofía y Letras, UNAM
nousgirl@comunidad.unam.mx

Diana Jaid Martínez Navarro

Posgrado en Pedagogía, Fac. Filosofía y Letras, UNAM
jaidmarnav@gmail.com

RESUMEN

El presente escrito articula el diagnóstico de Gilles Deleuze sobre las sociedades de control con la teoría cibernética de Norbert Wiener. Sostiene que la transición del molde disciplinario a la modulación continua redefine el poder como gestión informacional. Mientras Deleuze describe un control flexible basado en el lenguaje numérico y la codificación del sujeto como “dividuo”, Wiener explica cómo la información, la retroalimentación y la regulación permiten mantener la organización y control de sistemas en entornos entrópicos. El escrito demuestra que la información opera como dispositivo de control, modulando conductas mediante flujos de datos y configurando subjetividades como patrones informacionales.

Palabras clave: Sociedades de control, Cibernética, Información, Retroalimentación, Entropía

ABSTRACT

This article brings together Gilles Deleuze's diagnosis of control societies with Norbert Wiener's cybernetic theory. It argues that the transition from disciplinary molds to continuous modulation redefines power as informational management. While Deleuze describes a flexible form of control grounded in numerical language and the codification of the subject as a "dividual," Wiener explains how information, feedback, and regulation sustain the organization and control of systems within entropic environments. The paper demonstrates that information functions as a control apparatus, modulating behavior through data flows and shaping subjectivities as informational patterns.

Keywords: Control societies, Cybernetics, Information, Feedback, Entropy

Vivir de manera efectiva significa poseer la información adecuada. Así pues, la comunicación y la regulación constituyen la esencia de la vida interior del hombre, tanto como de su vida social.
N. Wiener

En las dos últimas décadas, la circulación global de información digital ha configurado un nuevo régimen político-comunicativo. Actualmente en la modernidad, la expansión de redes digitales, la algoritmización y la circulación constante de datos han instaurado un régimen donde la vida social se encuentra mediada por procesos de modulación continua. Deleuze anticipó este tránsito, es decir, de las sociedades disciplinarias hacia un nuevo tipo de poder en las sociedades de control caracterizadas por la apertura a la flexibilidad y el control ondulatorio y modulante de las conductas. Por su parte, Norbert Wiener,

padre de la Cibernética, ofrece nociones como información, retroalimentación y entropía que permiten problematizar a la sociedad y al sujeto con su entorno en la actualidad.

El presente artículo propone una lectura articulada entre el *Post-scriptum sobre las sociedades de control* (1990) de Gilles Deleuze y los principios de la cibernética formulados por Norbert Wiener en las obras *Cibernética y Sociedad* (1952) y *Cibernética o el control y comunicación en animales y máquinas* (1948), con el propósito de realizar un encuentro entre ambos autores para preguntarnos por el control y la información. Mientras Deleuze describe el tránsito hacia formas de control moduladas, flexibles y abiertas, Wiener ofrece una comprensión cibernética de los procesos de comunicación, retroalimentación y regulación propios de los sistemas y sociedades informacionales. Si para Deleuze el poder adopta la forma de una modulación continua, sostenida por el lenguaje numérico, para Wiener el comportamiento de los sistemas depende de su capacidad para recibir, procesar y reutilizar información a través de circuitos de retroalimentación. Por lo anterior, el texto se organiza en tres apartados: primero, se revisa la noción de sociedades de control en Deleuze; segundo, se abordan los fundamentos conceptuales de la cibernética en Wiener; tercero, se presenta una articulación teórica entre ambos autores para defender la tesis de que la información es un tipo de control.

DEL MOLDE A LA MODULACIÓN: LAS TRANSFORMACIONES DEL PODER

La noción de *sociedades de control* ocupa un lugar central en la reflexión de Gilles Deleuze sobre las transformaciones contemporáneas del poder. A partir de su lectura de Michel Foucault y del diagnóstico general del agotamiento o crisis de las instituciones de encierro, Deleuze propone que la vida social ha entrado en un régimen donde el poder ya no opera mediante la soberanía o la disciplina, sino mediante procedimientos abiertos, flexibles, continuos y modulantes, es decir, de control, pues siguiendo a Deleuze, las “sociedades disciplinarias son nuestro pasado inmediato, lo que estamos dejando de ser” (1999, p. 278).

Deleuze, de la mano de Foucault, ubica tres tipos de sociedades que han estado presente a lo largo del tiempo: 1) Sociedades soberanas, 2) Sociedades disciplinarias y 3) Sociedades de control. En ese sentido señala:

Es evidente que puede buscarse siempre la correspondencia entre un tipo de sociedad y un tipo de máquina: las máquinas simples o dinámicas de las sociedades de soberanía, las máquinas energéticas de las sociedades disciplinarias, las máquinas cibernéticas y los ordenadores de las sociedades de control. (Deleuze, 1999, p. 274).

De esta manera hay una correspondencia entre los regímenes políticos de poder y las máquinas que le caracterizan, pues cada forma de organización social es reflejo del uso maquínico como organización y estructura de sus prácticas y espacios. Podemos decir que las sociedades de soberanía, preindustriales, aunque con ciertas resonancias hasta el siglo XIX, se organizan en torno al poder del soberano, entendido como aquel que delimita y organiza el territorio, la vida y la muerte. El soberano ejerce el poder mediante decretos y apropiación directa de impuestos, como aquella frase célebre de Luis XIV de Francia “L’État, c’est moi”¹. Siguiendo a Foucault en *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*: “El poder era ante todo derecho de apropiación: de las cosas, del tiempo, de los cuerpos y finalmente de la vida; culmina en el privilegio de apoderarse de esta última para suprimirla” (2023, p. 126). En las sociedades preindustriales, el poder del soberano opera mediante actos puntuales y decisivos que expresan la capacidad de tomar, disponer y despojar de la vida a los sujetos. El horizonte de apropiación es crucial ya que constituye el modo en que la autoridad política se manifiesta al decidir sobre la muerte y, por consiguiente, sobre la vida como límite de esa decisión.

Con el advenimiento de la modernidad industrial se consolidan las sociedades disciplinarias, concepto que Deleuze retoma de Foucault para caracterizar un régimen de poder que opera mediante instituciones cerradas y segmentadas como lo son la familia, la escuela, la fábrica, el hospital o la prisión, espacio cerrado por excelencia, cuyo objetivo es

1 El estado soy yo o Yo soy el estado.

producir cuerpos dóciles y útiles² para las exigencias económicas, políticas y sociales de la época. Es en este contexto que surgen las máquinas energéticas, acorde a una época marcada por la explotación intensiva del carbón, del petróleo y, posteriormente, de la electricidad. No resulta casual que durante el siglo XX se sitúan regímenes totalitarios como la Italia fascista (1922-1945), el Tercer Reich (1933-1945) o el Japón imperial militarista (1930-1940), cuyos Estados articularon la vida social a partir de una combinación de propaganda, disciplinamiento masivo y tecnologías bélicas de alta potencia, evidenciando el ensamble entre dispositivos industriales y formas de conducción política.

Foucault describe de manera muy precisa este desplazamiento al identificar que:

La vieja potencia de la muerte, en la cual se simbolizaba el poder soberano, se halla ahora cuidadosamente recubierta por la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida. Desarrollo rápido durante la edad clásica de diversas disciplinas –escuelas, colegios, cuarteles, talleres–; aparición también, en el campo de las prácticas políticas y las observaciones económicas, de los problemas de natalidad, longevidad, salud pública, vivienda, migración; explosión, pues, de técnicas diversas y numerosas para obtener la sujeción de los cuerpos y el control de las poblaciones (2023, p. 130).

Lo anterior permite comprender la lógica del tránsito de las sociedades soberanas a las disciplinarias, la soberanía centrada en el derecho de muerte cede paso a un poder que ya no se ejerce por el despojo o la expropiación sino por la administración minuciosa y estadística de la vida. Así

2 Foucault en *Vigilar y castigar* dice: “La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos “dóciles”. La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia). En una palabra: disocia el poder del cuerpo; de una parte, hace de este poder una “aptitud”, una “capacidad” que trata de aumentar, y cambia por otra parte la energía, la potencia que de ello podría resultar, y la convierte en una relación de sujeción estricta. Si la explotación económica separa la fuerza y el producto del trabajo, digamos que la coerción disciplinaria establece en el cuerpo el vínculo de coacción entre una aptitud aumentada y una dominación acrecentada” (2003, pp. 126-127).

el poder en las sociedades disciplinarias se materializa en tecnologías de vigilancia, normalización y corrección orientadas a gestionar los cuerpos y regular las poblaciones mediante una estrecha correspondencia con la expansión de las máquinas energéticas propias de la modernidad industrial. Por su parte, en las sociedades de control, caracterizadas por la circulación continua de in-formación³ a través de redes abiertas, sistemas algorítmicos y flujos de datos, la lógica de poder se ejemplifica en lo que diversos autores han nombrado como la *siliconización del mundo*⁴; en este sentido las máquinas cibernéticas y los ordenadores, propias de las sociedades de control, ya no son sólo artefactos materiales, sino que se desmaterializan en algoritmos, Inteligencia Artificial, plataformas digitales, redes sociales digitales, entre otros, operando a través de la modulación de conductas, gestionando datos y produciendo nuevas formas de control.

Al abordar la transición de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, nos encontramos ante uno de los núcleos más decisivos del diagnóstico deleuziano, pues se afirma que:

Todos los centros de encierro atraviesan una crisis generalizada: cárcel, hospital, fábrica, escuela, familia. La familia es un “interior” en crisis, como lo son los demás interiores (el escolar, el profesional, etc.). Los ministros competentes anuncian constantemente las supuestamente necesarias reformas. Reformar la escuela, reformar la industria, reformar el hospital, el ejército, la cárcel; pero todos saben que, a un plazo más o menos largo, estas instituciones están acabadas. Solamente se pretende gestionar su agonía y mantener a la gente ocupada mientras se instalan estas nuevas fuerzas que ya están llamando a nuestras puertas (Deleuze, 1999, p. 278).

3 Entendido como mantener en *forma*.

4 Silicon Valley es la zona sur de San Francisco, Estados Unidos., donde las empresas con mayor alcance referentes al uso e interacción con la tecnología se encuentran. El término siliconización del mundo alude al proceso mediante el cual, grandes corporaciones tecnológicas tienen su alcance en lógicas tecnológicas, culturales, económicas, entre otros. Nos referimos a la imposición de un modelo de organización del trabajo e interacción social basado en la extracción de datos y la gobernanza mediante plataformas, este concepto subraya cómo el mundo se modula, en parte, por los intereses relacionados con el capitalismo.

El autor indica que las instituciones características de las sociedades disciplinarias atraviesan un agotamiento estructural que no implica su desaparición material sino la pérdida de su capacidad de organizar la vida social. La familia, como primera institución de encierro, es un ejemplo claro de este colapso pues ya no funciona como interior regulado, estable y normativo; se ha vuelto porosa, flexible y atravesada por flujos informativos que disuelven sus fronteras. Además, subraya que la multiplicación de reformas (educativas, industriales, sanitarias, carcelarias) no busca revitalizar estas instituciones, sino administrar su decadencia mientras emergen formas de poder más ajustadas a la circulación global y la modulación continua. En ese sentido, la noción de agonía no refiere a un simple declive administrativo, sino al estado liminar entre la vida y la muerte, caracterizado por la angustia, la descomposición y el sufrimiento extremo que antecede a la desaparición de una forma de poder histórica. Así como el que agoniza conserva ciertas funciones vitales, pues su organismo ya no responde a la lógica de la vida, las instituciones disciplinarias siguen operando materialmente, pero lo hacen en un estado de desgaste, sostenidas apenas por reformas provisionales que buscan administrar su deterioro y postergar lo inevitable.

Ahora bien, Deleuze siguiendo a Burroughs, Paul Virilio y Foucault, declara de manera evidente la crisis que atraviesan los espacios cerrados característicos de las sociedades disciplinarias. Esta crisis refiere a “la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación” (1999, p. 285), llevando a cabo la transformación o el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades controladas; lo que antes se ejercía en lugares de encierro ahora es “al aire libre”. Por ejemplo, en cuanto refiere a la normativa carcelaria, en las sociedades disciplinares se trataba de un lugar de encierro, con muros físicos bien definidos, pues la pena se cumplía en un lugar cerrado en constante vigilancia que buscaba el moldeamiento de un cuerpo dócil que, comúnmente, se corregía mediante disciplina.

Con el paso a las sociedades de control, hay una búsqueda de penas sustitutorias como lo es el collarín electrónico⁵ que se le impone al penado, obligando la permanencia en su domicilio (*Idem*). Con esto hay un paso de un lugar de encierro bien delimitado, a la difuminación de éste por un espacio “al aire libre”. Lo que en las sociedades disciplinares era el poder a través del moldeamiento, para las sociedades de control el poder es a la modulación. Deleuze nos dirá que “Los encierros son *moldes* o moldeados diferentes, mientras que los controles constituyen una *modulación*, son como una suerte de moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante, como un tamiz cuya malla varía en cada punto” (1999, p. 279).

En el moldeamiento hay tiempos finitos, es decir, condenas claramente establecidas, cinco, diez o veinte años, sin embargo, en la modulación no están establecidos, son procesos flexibles y de ajuste que reconfiguran la conducta en tiempo real, es decir, se controla desde la variación, pues como diría Deleuze “nunca se termina nada” (1999, p. 280). La vigilancia es constante y en todo momento, no cesa, es una obligación o una condena sin final definido. Esto es interesante en cuanto al ejemplo del collarín electrónico debido a que Deleuze articula que mientras en las sociedades disciplinarias el lenguaje común es el analógico, en las de control el lenguaje es numérico,⁶ lo que no significa que siempre sea binario (1999, p. 279), que refiere a una lógica de datos, códigos y cifras que rige las operaciones y la comunicación. Lo que se quiere decir con esto es que el lenguaje analógico, que opera en la disciplina, se ve claramente en las operaciones de los espacios de encierro, es decir, una escuela, una fábrica, el cuartel o la cárcel son análogos dado que, aunque tienen

5 Deleuze retoma la figura del collarín electrónico haciendo alusión al régimen carcelario, donde aquellas penas menores eran sentenciadas con el uso de un dispositivo electrónico con *GPS* que impone al condenado a permanecer en su domicilio cierto número de horas. En palabras del mismo autor dirá que: “No es preciso apelar a la ficción científica para concebir un mecanismo de control capaz de proporcionar a cada instante la posición de un elemento en un medio abierto, ya sea un animal dentro de una reserva o un hombre en una empresa (collarín electrónico)” (1999, p. 284).

6 En este contexto, Deleuze aclara que aquello que domina como *lenguaje numérico* remite a una forma de codificación binaria del acceso y la circulación de la información. En sus palabras: “El lenguaje numérico de control se compone de dos cifras que marcan o prohíben el acceso a la información. ya no estamos ante el par “individuo-masa”. Los individuos han devenido “dividuales” y las masas se han convertido en indicadores, datos, mercados o “bancos” (1999, p. 279).

funciones sociales diferentes, todas estas instituciones son variantes del mismo “molde” de poder.

Estas instituciones utilizan los mismos mecanismos y técnicas para controlar, corregir, normalizar y moldear a los individuos. Por ejemplificar, tanto en la escuela, la fábrica o la cárcel, se divide el día en horarios rígidos y segmentados, como el tiempo de clase, el tiempo de producción, tiempo de ejercicio o comida, respectivamente; asimismo, la serialización y la repetición son constitutivos de estos espacios, pues se emplean para lograr que el cuerpo sea lo más útil y dócil posible. La cárcel, así como la escuela o la fábrica siguen una lógica parecida, estableciendo períodos específicos para el trabajo, el patio o el aislamiento. Siguiendo con el hilo conductor, podemos hacer referencia a la arquitectura del espacio y del cuerpo, lo que Foucault llamaría la anatomía política del detalle que, sin entrar profundamente en este concepto, se trata del control minucioso del cuerpo ya que, a través de estas instituciones, se utilizan dispositivos para controlar y vigilar los cuerpos, ejemplo de ello es el pupitre del aula, la disposición higiénico-pedagógica de la misma, el puesto de trabajo en la línea de producción o la celda. Por último, otra analogía en estos espacios es la normalización, es decir, el seguimiento de la norma, pues se sanciona cualquier desviación, se sanciona una mala postura en la escuela, la tardanza o error de producción o la desobediencia. El castigo pretende la docilidad de los cuerpos para su normalización, es una economización⁷ de la sanción mayor o el encierro por excelencia, o sea, la cárcel.

El lenguaje analógico al que refiere Deleuze lo podemos entender desde la idea simondoniana sobre la analogía, pues éste dice que “la verdadera analogía [...] es una identidad de relaciones y no una relación de identidad. Estas identidades de relaciones no se apoyan en absoluto

7 Foucault dirá que: El cuerpo se encuentra aquí en situación de instrumento o de intermedio; si se interviene sobre él encerrándolo o haciéndolo trabajar, es para privar al individuo de una libertad considerada a la vez como un derecho y un bien. El cuerpo, según esta penalidad, queda prendido en un sistema de coacción y de privación, de obligaciones y de prohibiciones. El sufrimiento físico, el dolor del cuerpo mismo, no son ya los elementos constitutivos de la pena. El castigo ha pasado de un arte de las sensaciones insoportables a una economía de los derechos suspendidos (2003, p.13).

sobre semejanzas, sino por el contrario sobre diferencias” (Simondon, 2009, p. 154). Siendo así, el lenguaje analógico de las sociedades disciplinarias funciona según la lógica de la identidad de relaciones que Simondon postula, es decir, no es que una prisión sea igual a una escuela (relación de identidad), sino que las dos mantienen la misma estructura y operación de control y poder (identidad de relaciones).

Ahora bien, regresemos al ejemplo del collarín electrónico. La transición del lenguaje analógico al numérico no elimina la identidad de las relaciones, antes bien se desmaterializan y se codifican. Las relaciones de poder, vigilancia, distribución, sanción, dejan de estar vinculadas a las paredes o límites físicos, es decir, el molde, y pasan a ser gestionadas por algoritmos y códigos, lo que refiere a la modulación del collarín. Estos posibilitan que esas mismas relaciones de control se implementen en el espacio abierto de forma constante y flexible. Al final, el control sobre la conducta y el cuerpo se mantiene, pero es ejercida a través del lenguaje numérico propio de las sociedades de control, dicho en otras palabras, ahora el control se hace presente a través de la programación y el código o cifra en espacios abiertos y al aire libre en lugar de la disciplina física y el encierro.

Aclaremos que hablamos de desmaterialización y codificación en el sentido de que, por ejemplo y siguiendo la idea del collarín, la reja de la cárcel pasa a ser un perímetro virtual o, incluso, digital, pues ya no se necesita un guardia en cada rincón de la cárcel o en la torre de vigilancia porque ésta ya está integrada en el mismo collarín, debido a que dado su “desmaterialización” se ha convertido en una cifra, un código que inscribe y registra la ubicación del sujeto en tiempo real. Este código no sólo delimita el espacio físico de movilidad permitido, sino que también monitoriza el comportamiento del sujeto. La reja se convierte en una línea invisible de *software* que, al ser cruzada, emite una alerta, demostrando que el control se ha vuelto ubicuo, algorítmico y altamente eficiente, migrando de la arquitectura de la celda a la arquitectura de la *información*. Dice Deleuze que “El lenguaje numérico de control se compone de cifras que marcan o prohíben el acceso a la información. Ya no estamos ante

el par “individuo-masa”. Los individuos han devenido “*dividuales*” y las masas se han convertido en indicadores, datos, mercados o “*bancos*” (1999, p. 281. El énfasis es del autor).

Lo anterior refiere al tránsito del individuo como molde y normalizado al dividuo como modulación, como cifra o código numérico. Mientras el individuo es una unidad fija sin división, el dividuo es ahora un conjunto de datos dispersos, por decir algunos ejemplos: su historial crediticio, sus ubicaciones, sus preferencias musicales, sus *likes*, el historial de compras, publicaciones en redes sociales digitales y un largo etcétera. Al ya no estar presente la disciplina y la vigilancia en espacios de encierro, ahora el control se gestiona a partir de estos flujos de datos, precisamente el lenguaje numérico al que hace referencia Deleuze, permitiendo así una modulación constante, en todo momento, del comportamiento. En cuanto a lo referente a las masas, Deleuze dice que se convierten en indicadores, datos, mercados o bancos, pues el flujo del lenguaje numérico y la información que surge, gracias a la actividad de los dividuos, se convierte en datos que ayudan a predecir, dirigir y modular el comportamiento colectivo, tal es el caso de *YouTube*, *Facebook* o cualquier otra red social que a través de cada clic, *like*, *dislike* o permanencia en algún contenido específico no es una acción aislada, sino una entrada de datos inmediata. El control ya no se ejerce mediante el encierro o la coerción física, sino a través de la modulación algorítmica de los deseos, las preferencias y los flujos de información a los que está expuesto el dividuo, asegurando que el “mercado” o el “banco” de datos se mantenga en constante crecimiento y retroalimentación, permitiendo un control predictivo y preventivo sobre las acciones futuras de la colectividad.

Siendo así, la transición de una sociedad a otra no solo hará referencia a lo institucional, sino que también se refiere a la manera en que los sujetos existen, aprenden, trabajan y se relacionan con aquello que les rodea pues “en las sociedades de control nunca se termina nada: la empresa, la formación o el servicio son los estados metaestables y coexistentes de una misma modulación, una especie de deformador universal” (Deleuze, 1999, p. 79). Se habla de un estado metaestable ya

que no existen procesos en equilibrio, es solo mediante tensiones que habrá modulación de la vida, podemos decir que en las sociedades de control hay regímenes coexistentes que modulan simultáneamente los modos de existencia. El sujeto, ya no se piensa en términos de identidad, sino de actualización constante, es decir, de la capacidad de mantenerse conectado, competente y disponible.

En este sentido el diagnóstico contemporáneo de las sociedades de control implica observar cómo la economía y la política convergen con la finalidad de configurar nuevas formas de vida, podemos decir que ya no se trata únicamente de vigilar o disciplinar, sino de modular, anticipar y reconfigurar las conductas o afecciones en tiempo real. Las transformaciones del capitalismo se presentan como una condición de posibilidad para nuevas formas de subjetivación, el paso del capitalismo industrial al capitalismo de superproducción modula la manera en que los cuerpos, los deseos y las decisiones se integran en una lógica de administración continua. Deleuze afirmará que:

[...] en la actual situación, el capitalismo ya no se concentra en la producción, a menudo relegada a la periferia tercermundista, incluso en la compleja forma de la producción textil, metalúrgica o petrolífera. Es un capitalismo de superproducción. Ya no compra materias primas ni vende productos terminados o precede al montaje de piezas sueltas. Lo que intenta vender son servicios, lo que quiere comprar son acciones. No es un capitalismo de producción sino de productos, es decir de ventas o de mercados (Deleuze, 1999, p. 283).

Las sociedades de control no son ajenas a un modelo político o económico, más bien se constituyen con él; en el capitalismo de superproducción y servicios el objetivo será el de capturar la atención, dirigir el deseo y orientar el consumo, con ello lo que se controla es la circulación de los flujos. Lo que se controla no es la fuerza de trabajo, sino la participación constante, es decir, la presencia del individuo en flujos: flujo de información, de consumo, de datos, de deseos o de expresiones sociales. En las

sociedades de control cada gesto tiene la posibilidad de convertirse en dato, así como cada decisión puede ser modulada a través de algoritmos, lo cual no podría ser posible sin la mutación económica que describe Deleuze: el capitalismo de superproducción necesita sujetos en permanente conexión y disponibles, por ello la noción de control no puede separarse de una lógica de mercado.

CONTROL ENTRE INFORMACIÓN Y RETROALIMENTACIÓN EN LA CIBERNÉTICA DE WIENER

La obra de Norbert Wiener constituye uno de los hitos intelectuales más importantes del siglo XX, no solo por inaugurar el campo de la cibernética, sino por reformular de manera radical el modo en que comprendemos la comunicación, el control y la organización de los sistemas biológicos, técnicos y sociales. En *Cibernética o el Control y la Comunicación en animales y máquinas* (1948) y *Cibernética y sociedad* (1950), Wiener establece una teoría general de los procesos comunicativos basada en la noción de información, la retroalimentación (*feedback*) y la regulación. Su premisa central sostiene que todo sistema vivo o artificial mantiene su organización a través del intercambio constante de mensajes, y que la capacidad de recibir, procesar y ajustar respuestas frente a estos mensajes constituye la condición de posibilidad del comportamiento inteligente.

Este punto de partida convierte a Wiener en un pensador indispensable para comprender las mutaciones del poder. En lugar de pensar el control como coerción externa o como disciplina institucional, Wiener lo concibe como procesos circulatorios en los que una señal es enviada, interpretada y devuelta en forma de acción correctiva o de ajuste. En *Cibernética y sociedad*, lo expresa de manera clara:

La tesis de este libro consiste en que sólo puede entenderse la sociedad mediante el estudio de los mensajes y de las facilidades de comunicación de que ella dispone y, además, que, en el futuro, desempeñarán un papel cada vez más preponderante los mensajes

cursados entre hombres y máquinas, entre máquinas y hombres y entre máquina y máquina (Wiener, 1988, p.16).

Toda forma de control es, por tanto, un proceso comunicativo en el que un organismo o máquina ajusta su acción en función de la información que recibe y transforma. Wiener define este mecanismo con precisión técnica al afirmar que “la teoría de la regulación en ingeniería, sea humana, animal o mecánica, es un capítulo de la teoría de los mensajes” (1988, p. 16). De manera que el control consiste en un ciclo de retroalimentación (*feedback*) en el que una señal emitida es comparada con un estado objetivo, generando una corrección de la conducta. Esta relación entre mensaje, regulación y ajuste distingue radicalmente a los sistemas guiados por información de los mecanismos rígidos y predeterminados. En sus palabras:

Las órdenes mediante las cuales regulamos nuestro ambiente son una especie de información que le impartimos. Como cualquier otra clase de informe, están sometidas a deformaciones al pasar de un ente a otro. Generalmente llegan en una forma menos coherente y, desde luego, no más coherente que la de partida. En las comunicaciones y en la regulación luchamos siempre contra la tendencia de la naturaleza a degradar lo organizado y a destruir lo que tiene sentido, la misma tendencia de la entropía a aumentar [...] (Wiener, 1988, p.17).

De aquí se desprende que el control no solo es comunicación, sino una lucha permanente contra la entropía, contra la tendencia natural de todo sistema a la desorganización. Es así que, desde esta perspectiva, la cibernética no es únicamente una disciplina técnica, sino una teoría general del control como comunicación, que explica cómo los sistemas mantienen su organización en medio de la incertidumbre. Al afirmar que “la comunicación y la regulación constituyen la esencia de la vida interior del hombre, tanto como de su vida social” (Wiener, 1988, p. 18), Wiener anticipa la centralidad de la circulación informacional en las sociedades contemporáneas pues la información se convierte en el prin-

cipio organizador de la vida moderna al regular máquinas con tendencia al automatismo, orientar sistemas económicos y estructurar los flujos comunicacionales que atraviesan a toda sociedad humana.

La teoría del control en Wiener se basa en una premisa simple que parte de la idea de que todo sistema se sostiene en el tiempo gracias a su capacidad para recibir, procesar y emitir mensajes, es decir, una comprensión de la comunicación como proceso material, temporal y probabilístico. Siguiendo al autor:

El mensaje es una secuencia discreta o continua de episodios mensurables distribuidos en el tiempo, lo que en estadística se denomina series temporales. La predicción del futuro de un mensaje la realiza cierta clase de operador sobre el pasado, independientemente de que dicho operador lo integre un esquema de computación matemática o un aparato mecánico o eléctrico (Wiener, 1998, p. 31).

De esta manera el control puede ser entendido no como un acto instantáneo o como una intervención momentánea sino como una relación sostenida en el tiempo. Comprender el mensaje como una serie temporal implica aceptar que el control (ya sea en una máquina, un organismo o una sociedad) depende de la capacidad para prever tendencias o desviaciones y, por consiguiente, ajustar acciones futuras.

En este punto resulta necesario precisar que, para Wiener, la comprensión de los mensajes como una serie temporal no es suficiente para explicar cómo un sistema logra mantener cierta organización frente a perturbaciones constantes. El mensaje, en tanto patrón distribuido en el tiempo, toma relevancia para el control cuando puede ser interpretado en función de la diferencia que introduce en el comportamiento del sistema. Es aquí donde emerge la noción de información como el concepto que permite introducir esas diferencias. Parte de un reconocimiento de que toda operación de control exige un criterio para distinguir entre cambios significativos y variaciones poco relevantes.

De modo que la noción de información ocupa un lugar decisivo en la formulación de la cibernética desde Wiener, pues no se trata de un mero contenido transmitido sino de un principio organizador de los sistemas vivientes y de las sociedades técnicas. Con esto se pretende decir que la información es la condición que posibilita la estabilidad de un sistema complejo frente a la entropía. Al sostener que “la cantidad de información [...] es esencialmente una entropía negativa” (Wiener, 1998, p. 94) el autor deja ver que informar es siempre crear orden en un mundo que tiende naturalmente al desorden. Wiener subraya que:

Damos el nombre de información al contenido de lo que es objeto de intercambio con el mundo externo, mientras nos ajustamos a él y hacemos que se acomode a nosotros. El proceso de recibir y utilizar informaciones consiste en ajustarnos a las contingencias de nuestro medio y de vivir de manera efectiva dentro de él (1988, p. 17).

La información entonces es un contenido de intercambio continuo que permite regular y ajustar constantemente los límites entre un organismo y su entorno, entabla conexiones en medida que posee información para actualizar su medio, ya que “vivir de manera efectiva significa poseer la información adecuada” (Wiener, 1988, p. 18). De este modo, cuanto mayor sea la información “adecuada” que un sistema logra conservar, mayor será su grado de organización interna; por el contrario, la pérdida de esa información⁸ lo aproxima a estados de mayor entropía. La información, por tanto, no debe comprenderse como un simple dato estadístico, sino como un flujo que reduce la incertidumbre del entorno y permite organizar el sistema, garantizando así su capacidad de actuar de manera efectiva.

Sin embargo, comprender la información como entropía negativa no implica asumir que los mensajes circulan en un medio neutro o transparente. Por el contrario, Wiener insiste en que todo proceso comunicativo está atravesado por la presencia del ruido, entendido como aquello que interfiere, corrompe o degrada la señal enviada. A propósito del ruido

8 Wiener anunciará que: “los procesos que pierden información son muy análogos a los procesos que ganan entropía” (1998, p. 95).

de fondo en los sistemas eléctricos, uno de sus ejemplos fundamentales, afirma que “depende del carácter discreto de los electrones que conducen la corriente; sin embargo, es capaz de destruir la información” (Wiener, 1988, p. 37). El ruido no es, entonces, un accidente externo al sistema, sino una condición estructural del intercambio informacional: toda transmisión está expuesta a perturbaciones inevitables que tienden a borrar la señal y a desorganizar el patrón. En este sentido, la comunicación es siempre un proceso vulnerable en el que la información corre el riesgo permanente de perder coherencia, fragmentarse o distorsionarse durante su tránsito entre un emisor y un receptor.

Esto significa que la información no llega nunca en una forma “pura”, sino que es sometida a transformaciones, pérdidas y mutaciones que pueden alterar su sentido operativo. La degradación del mensaje no constituye una falla secundaria, sino una manifestación inevitable de la tendencia entrópica del mundo físico y social. Por ello, Wiener enfatiza que para que un sistema mantenga la coherencia de sus señales debe invertir energía en contrarrestar la acción del ruido, pues “el paso de información no puede ocurrir sin gastar una cierta cantidad de energía” (Wiener, 1988, p. 37). No existe transmisión sin desgaste, del mismo modo que no existe organización sin esfuerzo. Así, la estabilidad de un sistema depende no solo de la cantidad de información que recibe, sino de su capacidad para filtrar, resistir o compensar el ruido que acompaña todo intercambio. De ahí que la lucha contra la entropía sea, al mismo tiempo, una lucha contra el ruido debido a que ambos representan las fuerzas que tienden a disolver la forma, borrar el patrón y devolver el sistema a un estado de indiferenciación.

La información opera siempre en tensión con aquello que la reduce, y es precisamente esta tensión la que vuelve inteligible los sistemas sociales que son tan susceptibles a la “desinformación”: porque el ruido no es lo opuesto a la comunicación, sino su condición interna. Siendo así, si la comunicación está atravesada por esta tendencia al desorden, entonces se vuelve necesario precisar cómo evaluar el grado de organización que una información introduce en un sistema. No basta con afirmar que la

información reduce la incertidumbre; es preciso establecer un criterio que permita distinguir entre mensajes que aportan orden y mensajes que no lo hacen. Entonces ¿cómo medir el grado de organización que la información introduce en un sistema que tiende naturalmente al desorden? Wiener afirma que:

Así como la entropía es una medida de desorganización, la información, que suministra un conjunto de mensajes, es una medida de organización. De hecho puede estimarse la información que aporta uno de ellos como el negativo su entropía y como el logaritmo negativo de su probabilidad. Es decir, cuanto más probable es el mensaje, menos información contiene (Wiener, 1988, p. 21).

Un mensaje frecuente o previsible aporta muy poca información, mientras que un mensaje improbable, aquel que rompe la redundancia, introduce una cantidad mayor de organización en el sistema, podemos decir que la información no es sustancia, sino una diferencia. La información entonces tendría dos modos de operación, por un lado, regula la entropía y aumenta la organización interna del sistema, por el otro, introduce la diferencia. La información no ingresa intacta, es sometida a un proceso interno que toma aquello que le sirve para volverlo significativo operativamente con el sistema. Aquello que Wiener llama retroalimentación opera como una nueva posibilidad de entablar conexiones, donde la vida se modula constantemente.

Teniendo presente lo anterior es importante desarrollar el mecanismo mediante el cual un sistema mantiene su organización, es decir, la retroalimentación o *feed back*. La retroalimentación para Wiener es:

[La] regulación de una máquina de acuerdo a su funcionamiento real y no respecto a lo que se espera de ella [...] [por lo que] presupone la existencia de sentidos que actúan mediante miembros motrices y que funcionan como elementos que registran una actividad (1988, p. 24).

Esto permite comprender cómo un sistema mantiene y corrige sus desviaciones. Wiener destaca que todo sistema organizado debe operar sobre la base de información actualizada sobre su propio estado y no únicamente bajo criterios previos. Esto implica la existencia de canales sensoriales capaces de registrar la actividad realizada y devolver al sistema datos sobre su estado, para que este compare el resultado obtenido con el resultado deseado y, a partir de esa comparación, modifique su operación. La retroalimentación, en consecuencia, es un proceso circular donde el sistema actúa, registra el efecto de esa acción, interpreta la diferencia entre lo previsto y lo acontecido y, con base en esa información, reorganiza su conducta. Esta concepción refuerza la idea de que la información no solo ordena y reduce la incertidumbre, sino que permite corregir, ajustar y estabilizar la acción, pues la regulación informacional es el modo mismo en que un sistema mantiene su estructura lejos de la entropía y asegura su capacidad de adaptación en un entorno cambiante.

Wiener refuerza esta idea cuando afirma que la retroalimentación es, particularmente, “la propiedad de ajustar la conducta futura a hechos pasados” (Wiener, 1998, p. 31). Esto significa que un sistema opera siempre bajo una relación temporal compleja donde responde a lo que ha ocurrido, anticipa lo que puede ocurrir y orienta sus acciones hacia la reducción de desviaciones. Desde un reflejo elemental hasta los niveles superiores en que “la experiencia anterior se utiliza [...] para determinar un completo plan de conducta” (Wiener, 1998, p. 31), la retroalimentación articula la memoria, la previsión y la acción. Este carácter temporal permite comprender que la información constituye el elemento que habilita la comparación, la corrección y la estabilidad. La regulación informacional es, en consecuencia, el modo mismo en que un sistema mantiene su estructura lejos de la entropía y asegura su capacidad de ajuste en un entorno cambiante.

No obstante, que la retroalimentación constituya la condición básica para la estabilidad no significa que garantice por sí sola la homeosta-

sis.⁹ Wiener muestra que los sistemas regulados por retroalimentación pueden volverse inestables cuando la respuesta correctiva resulta demasiado intensa o cuando el sistema no logra armonizar los tiempos entre percepción de la desviación y acción correctiva. Para ilustrar esta vulnerabilidad, recurre al ejemplo de ciertos servomecanismos diseñados para orientarse hacia un estímulo luminoso. Estos dispositivos deberían ajustarse suavemente en dirección a la fuente de luz; sin embargo, cuando la ganancia del circuito es excesiva (es decir, cuando la acción correctiva amplifica de manera desproporcionada la desviación detectada) o cuando el tiempo de reacción no logra compensar la inercia del movimiento, el sistema entra en un ciclo de oscilaciones crecientes. Como lo describe: “la máquina acudirá a la luz o se alejará de ella en oscilaciones cuya amplitud aumenta” (1988, p. 156). Lo que debía corregir termina exacerbando la desviación, produciendo un movimiento pendular cada vez más amplio que puede llevar al colapso del dispositivo.

Esta posibilidad de que el control derive en oscilación y no en equilibrio muestra que la retroalimentación es un proceso estructuralmente ambivalente, pues su eficacia depende de un ajuste adecuado entre la corrección aplicada y la capacidad del sistema para procesarla. Wiener ilustra esta tensión mediante un ejemplo tomado del artillero y el cañón, donde la retroalimentación permite compensar variaciones en la fricción del mecanismo. Si la grasa está endurecida por el frío, el cañón responde con lentitud; si está demasiado fluida, se mueve con mayor rapidez. Para corregir estas diferencias, se introduce un mecanismo que compara la posición real con la deseada y genera un impulso adicional. Sin embargo, cuando este impulso es excesivo, el sistema sobrerreacciona: “el tubo pasará más allá de la posición correcta y habrá que hacerle girar de vuelta en una serie de oscilaciones que muy bien pueden aumentar en amplitud y conducir a una inestabilidad desastrosa” (Wiener, 1988, p. 25). Es decir,

9 El fenómeno mediante el cual nosotros, los seres vivientes, resistimos a la corriente general de corrupción y decaimiento se conoce con el nombre de homeostasis [...] El oxígeno, el anhídrido carbónico, la sal en nuestra sangre, las hormonas segregadas por las glándulas de secreción interna, están sometidas a una regulación mediante mecanismos que se oponen a cualquier cambio inesperado de los niveles normales. Su conjunto constituye lo que ha dado en llamarse homeostasis; son dispositivos de retroalimentación negativa de la misma clase de la que son un ejemplo los mecanismos automáticos (Wiener, 1988, pp. 89-90).

la corrección deja de estabilizar y comienza a alimentar un ciclo de desviaciones que se amplifican mutuamente. El mismo principio se aprecia en el ejemplo del termostato doméstico, donde un dispositivo compara la temperatura real de una vivienda con la temperatura deseada y activa o desactiva la calefacción para mantener un nivel constante. Cuando el mecanismo funciona adecuadamente, la retroalimentación negativa impide oscilaciones bruscas. Pero si el diseño es deficiente, “puede llegar a mantener la temperatura de la vivienda sujeta a violentas oscilaciones” (Wiener, 1988, p. 134).

La distinción entre retroalimentación negativa y positiva adquiere un lugar decisivo en la teoría del control de Wiener porque delimita los mecanismos por los cuales un sistema mantiene la estabilidad o, por el contrario, amplifica sus desviaciones. En *Cibernética o el control y la comunicación en animales y máquinas*, Wiener describe la retroalimentación negativa a partir de un ejemplo fundamental: el regulador centrífugo de Watt. Allí explica que, al aumentar la velocidad del motor, las bolas del regulador se elevan y transmiten un movimiento que reduce el flujo de vapor, disminuyendo así la velocidad. Este comportamiento, señala el autor, constituye un modelo claro de retroalimentación negativa: “Obsérvese que la retroalimentación tiende a oponerse a lo que hace el sistema y, por lo tanto, es negativa” (Wiener, 1998, p.135). A partir de este principio, afirma que existen mecanismos de retroalimentación negativa destinados a estabilizar diversos parámetros: “hay ejemplos de retroalimentación negativa para estabilizar la temperatura y [...] la velocidad”, así como mecanismos destinados a estabilizar posiciones, como los motores direccionales navales que ajustan la pala del timón según la posición deseada (1998, p.135). Esta conceptualización sitúa la retroalimentación negativa como el corazón de la estabilidad: un sistema corrige sus desviaciones oponiéndose activamente a ellas.

Esta lógica no se limita a los artefactos mecánicos. En *Cibernética y sociedad*, Wiener subraya que los organismos biológicos funcionan según el mismo principio. La vida misma, escribe, depende de un equilibrio delicado entre procesos de construcción y procesos de degradación:

“Seguimos viviendo en el ambiente muy especial que conducimos con nosotros hasta que el proceso de autodestrucción es más rápido que el de reconstrucción. Entonces morimos.” (Wiener, 1988, p. 90). La estabilidad fisiológica, como la temperatura corporal, la concentración de oxígeno o los niveles hormonales, es sostenida por mecanismos que contrarrestan activamente cualquier desviación respecto de los valores normales. De allí que Wiener describa la homeostasis como un conjunto de “dispositivos de retroalimentación negativa de la misma clase de la que son un ejemplo los mecanismos automáticos” (1988:90). Así, tanto las máquinas como los organismos vivos sostienen su organización mediante circuitos que comparan continuamente el estado actual con un estado deseado y actúan para conservar ese equilibrio.

Sin embargo, la retroalimentación negativa no es el único modo de regulación que puede organizar un sistema. Wiener recupera una carta del Instituto Neurológico Burden de Bristol para mostrar que existen mecanismos que incorporan otras dimensiones de conducta. A propósito de un dispositivo diseñado con principios cibernéticos, se afirma que: “Hemos incluido otras características además de la retroalimentación negativa, y esas características proporcionan a la máquina una actitud exploratoria y otra ética frente al universo, además de una puramente trópica” (Wiener, 1988, p. 156). Esta observación es crucial, pues muestra que no toda regulación es estabilizadora: existen mecanismos orientados no a conservar una posición, una temperatura o una velocidad, sino a explorar el entorno, modificar sus metas o ajustar su acción según nuevos criterios. Aquí se vislumbra que los sistemas no solo pueden neutralizar desviaciones, sino también amplificarlas, diversificarlas o resignificarlas. Este punto abre la puerta a pensar la retroalimentación positiva, aquella que refuerza la desviación en lugar de oponerse a ella, como un modo alternativo de organización del comportamiento, estrechamente vinculado con fenómenos de expansión, oscilación y búsqueda exploratoria.

En conjunto, estos pasajes permiten sostener que la retroalimentación negativa constituye el mecanismo de estabilidad por excelencia, mientras que las formas de regulación no orientadas a contrarrestar la desviación

introducen posibilidades de variación, exploración o incluso inestabilidad. En el marco de las sociedades informacionales contemporáneas, esta distinción se vuelve fundamental: si un sistema social ajusta su conducta en función de los mensajes que recibe, ¿qué ocurre cuando esos mensajes no reducen la desviación, sino que la amplifican? ¿Qué implica que un flujo informacional opere más cerca del régimen exploratorio, afectivo o expansivo descrito por Wiener que de la estabilización homeostática? La transición de mecanismos estabilizadores a mecanismos amplificadores constituye uno de los puntos críticos para comprender cómo ciertos fenómenos pueden desencadenar oscilaciones colectivas en lugar de procesos de corrección.

De este modo, la oscilación no proviene de un factor externo sino del propio exceso de corrección: un sistema que responde con demasiada intensidad a desviaciones mínimas amplifica el error en lugar de reducirlo. En ambos casos, el problema revela el carácter no lineal de la retroalimentación y su condición ambivalente pues la misma estructura que vuelve a un sistema estable frente a perturbaciones también puede, si es mal calibrada, conducirlo a dinámicas de descontrol que lo alejan cada vez más del equilibrio buscado.

Esta ambivalencia de la retroalimentación adquiere una relevancia particular en sociedades informacionales. Si los sistemas técnicos y sociales ajustan su conducta en función de los mensajes que reciben, cabe preguntarse qué ocurre cuando dichos mensajes no provienen de hechos verificables o cuando son manipulados deliberadamente. En tales condiciones, los mecanismos de corrección pueden quedar atrapados en dinámicas de sobre-reacción donde la información es presentada con alta intensidad o repetida hasta convertirse en pauta dominante, opera como una señal amplificada que induce al sistema social a reajustarse en dirección a una desviación que posibilita otras formas de organización. Desde una perspectiva cibernética, esta predominancia no opera como un simple desvío, sino como un punto de reorganización a partir del cual el sistema social reconfigura sus propios patrones de respuesta. Así, la cuestión no radica en evaluar la veracidad o falsedad del mensaje, sino

en comprender cómo ciertas señales se replican, se refuerzan y se incorporan al proceso de regulación mismo.

CONTROL CIBERNÉTICO: CONVERSACIÓN ENTRE DELEUZE Y WIENER

El tránsito de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, diagnóstico deleuziano, va más allá del reemplazo de instituciones físicas con límites bien definidos (de la cárcel al collarín electrónico), sino la adopción y adquisición de un nuevo modo de existencia a través de un novedoso lenguaje de dominación: el lenguaje numérico. Deleuze dirá que “El lenguaje numérico de control se compone de cifras que marcan o prohíben el acceso a la información” (1999, p. 281). En las sociedades de control hay procesos abiertos, flexibles, continuos y modulantes, lo cual se ve reflejado en redes abiertas de información donde la vida circula abierta y deliberadamente; la lógica de poder se articula en la recolección de datos a través de sistemas algorítmicos que se encargan de sistematizar aquellas preferencias del consumidor. Este lenguaje numérico implica el paso del molde como sistema normalizador, a la modulación como intercambio y flujo de datos y de información. Es a través de este cambio que podemos articular conceptualmente el fundamento cibernético de Norbert Wiener con las sociedades de control, pues Deleuze (1999, p. 273) expresa que estas sociedades funcionan mediante un control continuo y una comunicación instantánea. Siendo así, podemos establecer que el control deleuziano es la regulación cibernética del comportamiento y modulamiento social. El dispositivo de control, como el algoritmo, los datos, los indicadores, el collarín, es un sistema de retroalimentación. Entonces desde Wiener ¿a qué refiere ese control continuo y esa comunicación instantánea como nueva forma de poder?

Para Wiener, el control continuo y la comunicación instantánea se puede explicar a través de la retroalimentación que, recordando lo enunciado en el apartado anterior, refiere al proceso por el cual el resultado de una acción pasada se devuelve al sistema para regular acciones futuras, en otras palabras, es la capacidad de un sistema para aprender y ajustarse

a un entorno cambiante. El autor explicará, entonces, que la retroalimentación es

un método para regular sistemas introduciendo en ellos los resultados de su actividad anterior. Si se utilizan esos resultados como simples datos numéricos para corregir el sistema y regularlo, tenemos la sencilla retroalimentación de la ingeniería que se ha dado en llamar control (Wiener, 1988, p. 57).

Esta cita, expresa de manera específica los nodos entre Deleuze y Wiener. Pues en este sentido, retroalimentar un sistema, llámese sociedad, colectividad o un propio organismo viviente es controlarlo, dado que, como dice Wiener, los resultados como lenguaje numérico se utilizan para corregir y regular un sistema. Podríamos afirmar, entonces, que en el surgimiento de una nueva sociedad¹⁰ que ya no es la disciplinaria ni la soberana, el poder refiere a un poder cibernético, resultado del control y regulación a partir de la comunicación y la retroalimentación que sólo es posible gracias a la codificación de los individuos y los indicadores de las masas.

Si en las sociedades contemporáneas el control se ejerce mediante la modulación continua de flujos de información y la codificación numérica de las conductas, resulta necesario preguntarnos por las formas de subjetividad que esta lógica produce. En un régimen donde el poder opera procesando y reorganizando datos: ¿Cómo describir una subjetividad que ya no se sostiene en identidades fijas, sino en configuraciones informacionales que se actualizan mediante el lenguaje numérico?

1) Sujeto como patrón-lenguaje numérico

Para dar respuesta a la pregunta anterior, consideramos a partir de Wiener, padre de la cibernética, que el sujeto está atravesado por flujos de información que se estructuran como mensajes cuantificables, es decir, el sujeto se presenta como un nodo dentro de un circuito comunicacional

10 Sociedades de control.

amplio donde su conducta, deseos y afecciones tienen la posibilidad de presentarse como retroalimentación para contrarrestar la entropía.

La convergencia entre el diagnóstico de Deleuze sobre las sociedades de control y la teoría de la cibernética de Wiener permite comprender la transformación de los sujetos contemporáneos en el paso de la identidad sustancial a la identidad como *patrón informacional*. Wiener afirma que el mundo puede concebirse como un conjunto de patrones, entendidos como configuraciones o distribuciones de relaciones en el espacio y en el tiempo: "One of the most interesting aspects of the world is that it can be considered to be made up of patterns. A pattern is essentially an arrangement" (1950, p. 3).¹¹ Esta concepción adquiere cierta complejidad cuando introduce la idea de que:

The pattern of a thing may be spread out in space, as for example, the pattern of a wallpaper; or it may be distributed in time, as the pattern of a musical composition. The pattern of a musical composition again suggests the pattern of a telephone conversation, or the pattern of dots and dashes of a telegram. These two types of pattern are given the special designation of messages, not because their pattern itself differs in any way from the pattern of a musical composition, but because it is used in a somewhat different manner: namely, to convey information from one point to another, and even from one remote point to another (Wiener, 1950, p. 4).¹²

Así se evidencia que para el autor no existe una diferencia ontológica entre un patrón material (como un papel tapiz), un patrón temporal (una composición musical) y un mensaje en sentido técnico (una conver-

11 Traducción propia: Uno de los aspectos más interesantes del mundo es que puede ser considerado como compuesto por patrones. Un patrón es esencialmente una disposición u organización

12 Traducción propia: El patrón de una cosa puede extenderse en el espacio, como ocurre, por ejemplo, con el diseño de un papel tapiz; o puede distribuirse en el tiempo, como el patrón de una composición musical. El patrón de una composición musical, a su vez, sugiere el patrón de una conversación telefónica o el patrón de puntos y guiones de un telegrama. A estos dos tipos de patrones se les asigna la designación especial de mensajes, no porque su patrón difiera en modo alguno del patrón de una composición musical, sino porque se utilizan de una manera algo distinta: a saber, para transmitir información de un punto a otro, e incluso de un punto remoto a otro.

sación telefónica o un telegrama). Lo que distingue a un mensaje no es la procedencia del patrón sino su función operativa que es transportar información entre puntos y, por tanto, generar formas de organización en sistemas vivos y técnicos.

Por lo que podemos afirmar que un mensaje es un patrón funcional, es decir, un conjunto organizado de diferencias que permite modificar el estado de un sistema. Por ello con Wiener la identidad humana se puede comprender como una configuración informacional en flujo, pues lo que define a los sujetos no es la materia sino la estabilidad activa de un patrón distribuido en el tiempo, continuamente actualizado por retroalimentación, memoria y ajuste.

Es aquí donde podemos encontrar un cruce interesante con el pensamiento de Deleuze. Tomemos como punto de partida que en las sociedades de control los sujetos dejan de funcionar como unidades fijas para convertirse en “dividuales” codificados y modulados por un lenguaje numérico, como deja ver Deleuze: “El lenguaje numérico de control se compone de cifras que marcan o prohíben el acceso a la información. [...] Los individuos han devenido dividuales” (Deleuze, 1999, p. 281). En ese sentido, la subjetivación ya no se organiza por medio del molde disciplinario, sino mediante la modulación continua de flujos de datos que distribuyen, clasifican y reconfiguran las conductas de manera instantánea. Ahora bien, si en Wiener el sujeto es un patrón distribuido en el tiempo, en Deleuze es un dividuo compuesto por señales segmentadas, traducidas y recombinadas en los circuitos informacionales del capitalismo de superproducción.

Es aquí donde la distinción que hace Deleuze entre las sociedades disciplinarias y las de control ofrece una formulación que permite comprender la ontología modulante del sujeto. Mientras la disciplina opera mediante marcas y números inscritos sobre individuos localizados en instituciones cerradas, el control funciona mediante cifras y contraseñas que regulan accesos de redes abiertas. Por ello Deleuze afirma que “ya no estamos ante el par ‘individuo-masa’ [pues] las masas se han conver-

tido en indicadores, datos, mercados o ‘bancos’” (*Idem*). Esta mutación se expresa en la célebre comparación entre el topo y la serpiente:

El viejo topo monetario es el animal de los centros de encierro, mientras que la serpiente monetaria es el de las sociedades de control. Hemos pasado de un animal a otro [...] el hombre de la disciplina era un productor discontinuo de energía, pero el hombre del control es más bien ondulatorio, permanece en órbita, suspendido sobre una onda continua (Deleuze, 1999, p. 282).

La serpiente con su movimiento ondulatorio y careciendo de puntos fijos de apoyo encarna la modulación continua propia del control: circulación fluida, variación permanente y ajuste constante. En esta imagen se revela que el dividuo no es ya una unidad estable sino un flujo de información móvil y recombinable. Este es justamente el tipo de entidad que, desde Wiener, puede describirse como un patrón distribuido en el tiempo y reorganizado por la retroalimentación.

El punto de cruce emerge entonces en la idea de que la subjetividad ya no se sostiene sobre fundamentos sustanciales sino sobre la dinámica de procesamiento, registro y reorganización de información. El sujeto deviene patrón en tanto lo que permanece no es la materia sino la forma en términos algorítmicos (accesos, permisos, datos, historiales, preferencias, afinidades, etc.). De este modo, el dividuo encuentra en el patrón su condición técnica-ontológica pues la subjetividad es de manera literal un proceso informacional susceptible de modulación algorítmica.

De este modo, todo patrón es potencialmente un mensaje, y todo mensaje es una potencia capaz de reorganizar un sistema. Esto significa que la subjetividad, al ser traducida en datos, adquiere la maleabilidad propia de los mensajes informacionales: puede ser amplificadas, distorsionadas, interferidas por ruido o directamente reconfiguradas. Entonces, si en Wiener el patrón permite la transmisión y reorganización de un sistema, en Deleuze el lenguaje numérico permite la modulación y control

de las conductas abiertas de los sujetos, ahora expresados en flujos de información operables.

2) Información y Entropía en las Sociedades de control

La relación entre Norbert Wiener y Gilles Deleuze también radica en la noción de entropía pues se vuelve una categoría decisiva para comprender el tránsito de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. En Wiener la entropía constituye una amenaza inherente a todo sistema, la cual solo puede ser regulada mediante mecanismos de retroalimentación e información. En Deleuze encontramos una lógica análoga desplazada hacia lo político debido a que lo que se modula en las sociedades de control no es únicamente la conducta, sino en la entropía social, es decir, el nivel de crisis, desviación o inestabilidad que los sujetos introducen en los flujos continuos de información y, por ende, en el sistema en el cual se desarrollan. Aunque desde Deleuze no hablamos de una entropía de corte termodinámico en un sentido estricto, la noción nos permite pensar la inestabilidad inherente de las sociedades abiertas y altamente informadas.

Wiener ya advertía que los sistemas no operan en equilibrio, por el contrario, sostiene que existen “islas, locales y temporales, de entropía decreciente, en un medio en el cual la entropía tiende a aumentar; la existencia de esas islas induce a algunos de nosotros a asegurar la existencia del progreso” (1988, p. 35). Allí donde el orden incrementa sobre el desorden, habrá siempre un mecanismo de regulación capaz de anticipar desviaciones y ajustar la conducta en el sistema. Del mismo modo operan las sociedades de control, pues estas no buscan un molde estable, como en las instituciones disciplinarias, sino un orden que emerge de una modulación que se ajusta a las contingencias cambiantes de su exterior. Como lo describe Deleuze, el sujeto en el control es “[...] ondulatorio, permanece en órbita, suspendido sobre una onda continua” (1999, p. 282). La entropía, en este marco, no es un fallo o un error sino la condición misma que obliga al sistema a mantenerse en tensión, intentando controlar permanentemente el desorden. No puede haber flujo

continuo de información sin entropía, del mismo modo que no puede haber modulación sin variación.

El control como orden de un sistema desorganizado permite detectar y ajustar variaciones no en un acto instantáneo o de momento, sino como una relación continua en el tiempo. El control opera temporalmente, actualizando la información para sostener el orden de manera modulada. La noción deleuziana de modulación ayuda a dar claridad a esta dinámica, pues “[...] los controles constituyen una *modulación*, son como una suerte de moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante, como un tamiz cuya malla varía en cada punto” (1999, p. 279). Así, el control no fija normas estables, sino que administra y reorganiza variaciones recomponiendo el flujo de información en cada punto de la red. Aquí emerge una resonancia importante con Wiener sobre los sistemas no equilibrados:

En un sistema que no se encuentra en equilibrio o en una parte del mismo, la entropía no aumenta necesariamente. En efecto, puede disminuir localmente. Tal vez esta carencia de equilibrio en el mundo que nos rodea es simplemente una etapa en la cuesta abajo que conducirá finalmente al equilibrio (Wiener, 1988, p. 29).

La disminución local de la entropía sólo es posible si existe un mecanismo capaz de introducir información y reorganizar el desorden; es decir, el orden no es un estado, sino un proceso sostenido que depende de diversas intervenciones continuas. Deleuze y Wiener convergen así en un mismo principio: el orden sólo puede mantenerse en sistemas inestables si existe una modulación permanente de la información. En ambos casos el control no consiste en fijar un molde, sino en ejercer un ajuste constante dentro de un sistema que tiende al desorden.

Ahora bien, aquello que da estabilidad a un sistema será la retroalimentación y la regulación. Para Wiener todo sistema (biológico, social o maquínico) mantiene su organización mediante un intercambio constante de mensajes. Su noción de retroalimentación hace evidente como un proceso

de “regulación de una máquina de acuerdo con su funcionamiento real y no respecto a lo que se espera de ella” (1988, p. 24). Un sistema sólo se podrá corregir o ajustar si está informado de su estado, por tanto, la retroalimentación constituye un circuito temporal que articula memoria, interpretación de desviaciones y proyección de acciones futuras, de ahí que se afirme que en la retroalimentación “la experiencia anterior se utiliza [...] para determinar un completo plan de conducta” (Wiener, 1998, p. 31). Sin la capacidad de un auto-ajuste el sistema entraría en un aumento de la entropía y perdería estabilidad. La información en consecuencia, no se reduce a un conjunto de mensajes, sino que permite sostener el intercambio de conductas o afecciones en un entorno cambiante.

De la misma manera este funcionamiento se vincula de manera directa con la noción deleuziana de control. En las sociedades disciplinarias la regulación se basaba en estructuras estables como normas fijas, o lugares de encierro bien delimitados, pero en las sociedades de control, la regulación adopta la forma de modulación continua, tal como la retroalimentación adopta una forma dinámica y no fija, pues el control será un moldeado auto deformante.

En este contexto el análisis de la modulación, así como el de la retroalimentación convergen en un mismo punto pues en ambos casos el control opera fundamentalmente a través de la información. La información no como transmisión de señales o de recepción de datos sino como un modo de organizar la conducta mediante circuitos dinámicos donde cada mensaje, cada clic y cada reacción se convierte en una entrada que realimenta al sistema y permite que se reconfigure patrones futuros. Si la entropía introduce incertidumbre y variación, la información funciona como el medio a través del cual el sistema compensa, selecciona y reorganiza las desviaciones. De este modo, la regulación deja de ser una estructura fija y se convierte en un proceso interno de flujo informacional donde la frontera entre comunicación y control se vuelve indistinguible. Por consiguiente, resulta necesario revisar cómo la información deviene un operador de control que ajusta comportamientos, orienta decisiones y modula ciertos planos afectivos de los sujetos.

3) Información como control: a manera de cierre

Queremos postular desde este trabajo que el concepto de información ofrecido por Wiener es equiparable al concepto de control expuesto por Deleuze, por lo que nos arriesgamos a decir que informar es controlar. La articulación entre ambos conceptos revela que no podemos entender a la información como una simple transmisión de mensajes entre un emisor y un receptor, pues se convierte, en las sociedades de control, en el dispositivo ontológico, político y económico de la regulación y control. Afirmamos que, si para Wiener vivir de manera efectiva significa poseer la información adecuada, entonces para las sociedades de control el sistema que posee la información adecuada sobre el individuo es aquel que puede controlar y modular de manera efectiva su existencia.

Parece que la información funciona, en las sociedades de control, como el principio organizador que, lejos de imponer un orden estático o fijo como molde, administra la variación, o como decíamos anteriormente, la diferencia. Pues es a partir de concebir al sujeto como individuo que nos permite pensar en una identidad modulada más que moldeada. En este sentido, la información es control porque opera como el agente de la modulación, pues no busca detener el flujo o encerrar cuerpos, sino potenciarlos y ajustar activamente su comportamiento dentro de una red siempre abierta. Así, el poder ya no necesita muros, necesita retroalimentación.

Esta conexión íntima entre información y control facilita entender por qué la modulación ya no necesita de instituciones cerradas, regulaciones estrictas o regímenes disciplinarios. El sistema gestiona las desviaciones mediante la reorganización inmediata de señales, el análisis algorítmico de patrones y la previsión predictiva del comportamiento. Esta lógica se ve potenciada por las tecnologías digitales, ya que posibilitan que la retroalimentación de millones de individuos sea integrada en mecanismos automatizados de decisión casi en tiempo real. Por eso el control se vuelve constante: porque la información también lo es. En ambos marcos, el cibernético y el deleuziano, la información actúa como un vector de

control que actualiza constantemente el comportamiento. La producción de la subjetividad, que se comprende como una capacidad cambiante y oscilante, está determinada por estas acciones informacionales que establecen lo que se promueve, lo que se impide, lo que se estimula y lo que se anula. Por lo tanto, el control no es una coacción externa, sino la gestión interna del flujo de información. Cada acción, cada gesto y cada decisión mínima se registran como parte de un circuito regulatorio más grande.

En conclusión, informar es controlar: la información actúa como el principio de orden (neguentropía) que contiene la dispersión social, convirtiendo a la retroalimentación en el dispositivo de control por excelencia para gestionar la incertidumbre. Bajo esta lógica, el sujeto contemporáneo no es una identidad fija, sino un patrón informacional permeable, un dividuo; su vulnerabilidad radica en que debe someterse a una modulación constante que reorganiza incesantemente su atención, sus afectos y su cognición en función de las demandas del sistema.

REFERENCIAS

- Deleuze, G. (1999). *Conversaciones*. Pre-textos.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2023). *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Siglo XXI editores.
- Simondon, G. (2009). *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*. Cactus.
- Wiener, N. (1950). *The Human Use of Human Beings. Cybernetics and Society*. The Riverside Press Cambridge.
- Wiener, N. (1988). *Cibernética y Sociedad*. Sudamérica.
- Wiener, N. (1998). *Cibernética o el control y comunicación en animales y máquinas*. Matemas.